

"Agrippina" merece ser visitada

Muy bueno

☆☆☆☆

"Agrippina", ópera de Händel sobre libreto de Vincenzo Grimani. Elenco: Hernán Iturralde (Claudio), Carla Filipic Holm (Agrippina), Rosa Domínguez (Nerón), Laura Antonaz (Poppea), Franco Fagioli (Ottone), Alejandro Meerapfel (Pallante), Pablo Travaglini (Narciso) y Sergio Carlevaris (Lesbo). Orquesta Barroca del Plata. Régie e iluminación: Claudio Gallardou. Escenografía y vestuario: Renata Schussheim. Dirección: Juan Manuel Quintana. Buenos Aires Lírica. Teatro Avenida.

Habida cuenta de que hablamos exclusivamente de cualidades morales, Agrippina, la heroína, no la ópera de Händel ni, por supuesto, Carla Filipic Holm, es fea, sucia y mala. O ambiciosa, intrigante y perversa. O cualquier otra trilogía de adjetivos que deje bien en claro que la señora, la esposa de Claudio, el emperador de Roma, es maligna de malignidad absoluta y no se va a andar con pequeñeces hasta lograr ver coronado a su hijo Nerón. Por su parte, Poppea, una cortesana por cuyo cuarto desfilan perdidamente enamorados las dos terceras partes de los personajes masculinos de la obra, es seductora, melíflua y vengativa. O provocativa, temerosa y un poco tontuela. Sobre ellas descansa todo el devenir teatral. No solamente eso. Las mujeres dejan totalmente desvalidos en sus capacidades de decisión a los varones, presas fáciles de sus conjuras, maquinaciones y componendas.

Si este libreto tan estereotipado y con un argumento entre inocente y grotesco —no olvidar que es una ópera veneciana de 1709— pudiera hacer suponer que "Agrippina" es una obra prescindible, pues parece pertinente destacar desde este mismo comienzo que es maravillosa, con mucha y abundante buena música y que la puesta que se ofrece en el Avenida está muy bien hecha.

Händel escribió esta ópera adaptándose perfectamente a la forma y al diseño de la ópera veneciana del barroco tardío, concentrada enteramente en el canto solista, en una sucesión interminable de recitativos y arias, todas "da capo". Con todo, a esta enumeración de características hay que añadirle que la variedad, el ingenio y la fantasía musicales, la co-



FABIAN MARELLI

En la puesta, Renata Schussheim y Claudio Gallardou derrochan imaginación e inteligencia

munió entre texto y música, la utilización minuciosa de instrumentos obligados y la creatividad denotada son todos estupendos, productos de un compositor superior.

En "Agrippina", a diferencia de la ópera seria napolitana, continúan conviviendo la tragedia con episodios y personajes cómicos, una tradición que viene desde la Commedia dell'Arte. Sobre esta base, y la de las incongruencias y profundas tergiversaciones históricas, la puesta de Gallardou y Schussheim derrocha imaginación e inteligencia.

Con un argumento de historicidad irresistible, no hay motivos para recrear ámbitos con rigores de autenticidad. Las sugerencias y las sutilezas son suficientes. Dos grandes cuadros que se alternan en el fondo del escenario insinúan las situaciones. Para lo romano, incluye columnas en perspectiva y para dar marco a los aposentos "pecaminosos" de Poppea, alcanza con los rostros de una pareja.

El escenario está despojado, de reflectores a la vista, algunos de ellos sobre el piso. Todo el mobiliario está constituido por tres grandes prismas cuadrangulares hábilmente desplaza-

dos a la vista por una pequeña cuadrilla de trabajadores, una especie de diván y dos biombos. El vestuario no se ajusta a ningún modelo romano. Agrippina es una dama versallesca, Poppea tiene voiles de diva, Nerón es un jinete, Claudio luce un impecable frac blanco y Ottone un lujoso traje militar. Los libretos parecen antiguos embajadores y Lesbo, el sirviente, es un mozo de ropas chicas.

La realidad musical

Si todo parece rotundo y consumado, lamentablemente, es en la realización musical donde se encuentran algunas imperfecciones. Si por las producciones de los cantantes esta ópera debería ser titulada, pues lo más correcto sería denominarla "Ottone". Franco Fagioli le saca lustre a su personaje, a pura musicalidad. En cada una de sus arias hay arte, buen gusto, afinaciones impolutas y un color vocal atrapante. El lamento del segundo acto, fue, sencillamente, conmovedor. Hernán Iturralde, por su parte, como siempre, envuelve a los oyentes con una línea de canto admirable. Pero a su voz y a su capacidad de expresión musical hay que agregar-

le unas condiciones actorales dignas de mención. Filipic Holm, asumió su papel con autoridad y sin exageraciones de volumen, aunque sin poder impedir ocasionales desvíos en la afinación. Muy atinado fue el canto de Rosa Domínguez y un tanto destemplada la voz de Laura Antonaz cuyas coloraturas, no gozaron de la mejor interpretación. Correctos y atinados el resto de los cantantes. Por su parte, Quintana no alcanzó a dominar a sus huéspedes en la obertura, con algunos desarreglos y desajustes poco felices, situación que se repitió en otras oportunidades, y, por momentos, tampoco logró imprimir mayor ritmo a la acción dramática y musical.

Por último, "Agrippina" está por primera vez en Buenos Aires y ella, la ópera, no el personaje, es hermosa, noble y virtuosa. No ir a visitarla puede ser un error. Eso sí, hay que ir prevenido y saber que el espectáculo, cuya música y su dinámica teatral no decaen en ningún momento, se extiende por más de cuatro horas. Como todas las óperas venecianas del siglo XVIII.

Pablo Kohan